

Otras palabras sobre la palabra

Escribe: PEDRO ACOSTA

La vocación literaria tiene su punto de partida en la tentación de volver a definir el mundo porque es presuntuosamente ambiciosa y al tiempo humilde y tocada de candor. Quizá al principio indefinible, ambigua, esta tentación la seguirá inseparable y más persistente en la medida en que vaya precisándose en la odisea desgarrante de la creación al través de la palabra, y, con absoluta certeza, sin alcanzar jamás su punto final y concluyente. En última instancia el mundo siempre estará condenado a su redefinición, en un peregrinaje incesante colmado de interrogantes que se desgranán del primero y elemental de cuál es el mundo, el universo, cuya dilucidación renovada atrae con diabólica seducción, precipitando a ese otro del infinito de la creación literaria. Una respuesta apenas obvia, el universo del escritor, sería apelar a un recurso tan fácil como inútil pues esa tentación germinal del oficio de la palabra abre el paso sólo hacia la revelación de múltiples espejismos, el inacabable claro-oscuro en que se debate la criatura humana y la conforma, destiniéndola al otro universo, aquel de la suma de estos individuales. Odiseo errante y el eterno tejido de Penélope... Maldición imborrable y toque de gracia de la vocación literaria, aún más inescapables porque su instrumento es la palabra.

Albert Camus ensayó una explicación. "Si el mundo fuese claro no existiría el arte en la creación literaria". Elementos sustanciales, todo lo indescifrable que es el mundo y que reta a su nueva definición, y ensayarla con la tenacidad de los caminos sin cesar reiniciados, equivalen a la trampa de los vocablos hechos para designar la totalidad que debe disiparse hasta la transparencia, pero para abolirla apelando imprescindiblemente a ellos. Los mismos que ocultan o confunden las penumbras del

mundo por redefinir y que terminarán por definirlo otra vez, desconociéndolo de un tajo. Una trampa conocida por los siglos pero que sigue y seguirá allí. Al fin y al cabo las palabras son inseparables a aquellas definiciones, estas insinuaciones, esos conceptos, esas sensaciones de universos cuya oscuridad habrá que desentrañar. Conformar con ellas, iguales e insustituibles, otros distintos, se convierte en el secreto más sutil de la creación literaria perdurable, máxime porque sobre ella pesa otra condena. La de rehilvanar el tejido de Penélope de la vida diaria con peripecias inadvertidas por su rutina y, sin embargo, capaces de cualquier sorpresa deslumbrante. Un mundo que si algún día alcanzara la claridad invalidaría las esencias de la creación literaria, y cuya seducción para que sea ininterrumpida la reanudación de su exploración radica en que tras la apariencia de los vocablos se revela una realidad que no deja pausa posible alguna a su apasionada mudanza sin retorno. Sueño y realidad se confunden así, lo subjetivo y lo evidente, arrancando del universo individual hacia el circundante, aquel quizá más infinito que éste. Ahora, cuando derriba tantos axiomas que supuso sacrosantos y lo sometían, por lo mismo, a unos arcanos que se revestían de renovados y audaces apelativos, la criatura humana sigue preguntándose qué es, en definitiva. Mientras esa pregunta penda sobre su inquietud, la creación literaria permanecerá viva con su perenne tentación de volver a definir el mundo. Esa creación, —tanto se ha dicho—, va a una realidad que se sobrepasa eternamente hacia lo inaccesible.

La palabra está allí en ese dédalo, omnipresente, describiendo y sustentando en su plenitud universos que no cesan de tambalear y recrearse. Si les da vida o se las niega, estará avivando lo literario o extinguiéndolo. Palabras que los hombres jamás tuvieron necesidad de inventar, según Borges, pero sin las cuales habrían renunciado a su razón de ser. Y nadie más indicado para afirmarlo que Borges, diáfano pero elucubrador de acertijos por ser peregrino entre sus laberintos... Desde siempre le dieron a la criatura la existencia, —su carnadura—, aliento, dolor, sueños e ídolos, para que pudiera acunar odio y amor, y padecerla o gozarla. Todo ello es, después de todo, su propia expresión sujeta a estos vocablos indisolublemente identificados con precisiones que vienen casi desde la noche de los tiempos. Y muchísimas veces, como era natural, han definido al mundo y vuelto a definirlo, esas voces imprescindibles para designar la vida y la crónica de los sentidos, o los objetos banales pero tan

indispensables desde un mendrugo hasta las ideas, desde la sed hasta un teorema, o lo impalpable de un encaje tras el cual se insinúa, evanescente, cualquier anhelo incorpóreo. Claves para las alucinaciones de la utopía y la rudeza de la abjuración. Unas y ellas mismas, las que han bautizado al mundo, las de la retractación y del ensueño, y las repetidas para sus definiciones que habrán de renovarse hasta la consumación de los siglos.

¿Cómo, pues, esta recreación persistente si únicamente podrá apelarse a ellas, las insustituíbles de la anterior definición? Apasionante paradoja la de palabras que puntualizan los basamentos de un mundo, pero que también erigen su sustituto, con tal de que posea su secreto quien las maneja. Al trabajar con ellas se aprende pronto la humildad de esta vocación impuesta por la certeza de cuán inasibles son sus misterios. Siempre tras su señuelo, sin encontrar el punto final y concluyente, en un mundo cuya claridad negaría el arte en la creación literaria.

Y también ilimitado este imperio no sólo cautivante para quienes obedecen a la vocación literaria que, al fin y al cabo, trasciende al reino frágil y evasivo de voces que tratan de responder los supremos interrogantes de la criatura humana sobre ella misma, sino igualmente para aquellos absortos por el rigor comprobable de las ciencias, o las matemáticas, o la tecnología. De allí que se haya trazado una antinomia entre la literatura,—lo onírico, la utopía, en suma las alucinaciones de la imaginación desatada hacia realidades que sobrepasan perpetuamente hacia lo imposible—, y estas otras disciplinas rotundamente calificadas como ciencias exactas. Antinomia falsa. Cada una de esas fórmulas científicas, o de esos procesos, o de esas ecuaciones que se justifican con unas comprobaciones en hechos estrictos racionalmente verificables, parten del sortilegio verbal. ¿Qué es una ecuación? Igualdad que contiene una o más incógnitas. ¿Qué un número? Expresión de la cantidad con relación a una unidad. O sean definiciones que intuitivamente nos llevan de la mano para introducirnos en la magia de palabras que le abrieron toda frontera a la imaginación, como, por ejemplo, en esa novísima de número mach, la relación entre la velocidad de un móvil y la del sonido en la atmósfera a la que cruza fulminante. En síntesis, comunión de tiempo y espacio.

¿Puede ser extraño entonces que de improviso vocablos inapelables pierdan su sentido porque son ellos quienes se lo nie-

gan a sí mismos? En un tiempo, para utilizar un ejemplo demasiado pragmático, el oro se instauró en sinónimo insustituible de valor, aunque fatalmente habría de vincularsele con Midas y su poder de pervertirlo como la maldición de la omnipotencia esplendorosa. ¿Qué le infundía esa condición de valor per-se su representación, su esencia, su equivalencia, si otros metales son tan ricos? La palabra valor. ¿Una palabra? ¿O el secreto de saber adivinar lo que puede revelar tras su apariencia? Indudablemente en el patrón oro, valor, se cimentó la sociedad por años, hasta que los secretos de la palabra, transitoria y sorpresivamente dominados, nos entregaron a otras que deberían negarlo e inclusive pervertirlo como Midas. Papel moneda. Ahora, en vez de éstas, unas siglas de inanidad desconsoladora se reservan el aval de la seguridad de esas mismas sociedades. DEG. Derechos Especiales de Giro, o algo por el estilo, como si la trampa de las palabras estuviera jugándoles esta broma impredecible a los economistas, únicamente porque ellos se ufanan de servir una realidad escueta que suponen anti-literaria. Pero la cual alcanzan siempre y cuando se dejen arrastrar por ese torbellino de las palabras, sus sesgos, sus espejismos, sus ecos augurales cuando van redefiniendo al mundo, aunque sean iguales a las que hoy nos lo muestran y son su coraza. ¿No debían tener la exactitud necesaria para definir el todo y cada uno de sus componentes, y al tiempo la elasticidad para que cada una de sus insinuaciones trascienda hacia lo inaccesible? ¿Pero sobre todo para precisar la realidad? Palabra y mito. El perpetuo espejismo de un mito que derribe al anterior, ayer y mañana al través del viaje sin fin de la palabra. El sino proteico cuyo punto de partida proclamó San Juan simplemente al señalar cómo en el principio era el verbo. Hora germinal a la que habrá de retornarse constantemente...

Un día cualquiera Pablo Neruda se sorprendió porque a su poesía se le atribuían identidades religiosas, hasta el punto de confundirlo con un teólogo. La religión y la literatura se han postulado claves paralelas para entenderse con lo inaccesible, se dijo para consolarse por su falta de arresto para penetrar los desafíos de tal apreciación. Pero recordó cómo en alguna de las guerras coloniales del Asia hubo que desembarcar un jeep con un observador militar que era un negro jocundo de Harlem lleno de pulseras doradas. El disimulo obvio al jeep fue una gigantesca cruz roja, mucho más visible en los valles y las mon-

tañas, hasta entonces vírgenes, cuando se detenía a transmitir sus partes por radio. Sus interlocutores eran aviones adivinados rasantes o majestuosos navíos de guerra que apenas se vislumbraban en el esfumado confín marino. Comenzó a idolatrársele como lo patentizaban las flores conque lo coronaban, hasta que, al partir, dejó sembrado tantos recuerdos que se convirtieron en rito que multiplicó inmensas cruces rojas, pintorreteadas vacilantes como señal de devoción, en los altos peñascos, justo los poquísimos intocados por la neblina. Creían que podría verlas y regresar, pero ese negro había vuelto en realidad a Harlem donde su jocundia degeneraba a una placidez apagada por su ignorancia elemental, mientras enceraba pisos. He aquí un ídolo al que faltó ser consagrado por la palabra.

Mito huérfano sin esa consagración, abandonado a su minúscula soledad de Harlem, aunque los atardeceres de su derrota estuvieran rodeados por el reverdecir de esperanzas que buscaban aquellas precisas palabras que, —según Neruda—, por ser “poéticas hicieron retroceder las tinieblas buscando, como un deber común, la exaltación de la belleza y la comunicación con el pueblo”. Misterio repetido. Con cada alborada y anochecer, en esa rutina de tinieblas pero dispuesta a que la rasguen sorpresas deslumbrantes. “La noche, —desde luego es la voz de Neruda—, puebla de escamas plateadas los oceánicos espacios. Los meteoros desatan el fósforo celeste. El sol, el agua, la primavera, preparan el pan de cada día. Ha nacido una oración. Ha nacido un poema”.